

## LA ACCION CATOLICA EN LA REPUBLICA ARGENTINA

**L**AS causas y fines del advenimiento de la Acción Católica tal vez sean por todos conocidos a pesar de lo cual me permitiré repetirlos a guisa de introducción.

Como es sabido las pérdidas sufridas por la Iglesia a partir de la Reforma protestante alcanzaron a los países escandinavos, Holanda, gran parte de Alemania, parte de Suiza, Inglaterra. A pesar de esto se conservaba un fuerte núcleo de países católicos rodeando a Roma, o si queréis: a Francia "la hija primogénita de la Iglesia". Pero es en este país, librado por Juana de Arco de la invasión inglesa y por lo tanto del posible contagio herético, es en este país, en Francia, donde estalla la famosa Revolución.

Desde entonces el liberalismo es desparramado por los países cristianos, sea por los ejércitos de Napoleón, sea por la letra impresa o el ejemplo emanado de esa Galia que no en vano fuera llamada "la vocera del mundo" por el prestigio de su historia y por la claridad y precisión de su lengua hecha para traducir, aclarar y difundir las más variadas ideas que andan por el mundo.

El laicismo arroja a la Iglesia de los cuerpos políticos y sociales, lo separa del Estado, lo excluye de la familia, de las leyes, de los cementerios, de los hospitales, de los centros científicos, del orden internacional.

El laicismo, que parecía neutro, se hace beligerante y se convierte en anti-clericalismo agresivo en la segunda mitad del siglo XIX. Es entonces que los Papas comienzan a convocar a los católicos para estrechar filas y organizarse para la defensa y el ataque. Así es como comienza a esbozarse la Acción Católica.

Es verdad que la acción católica, con minúscula, existía desde los tiempos primitivos del cristianismo, desde que siempre los laicos cooperaron con los sacerdotes en las tareas apostólicas, y es por esto que S. S. Pío XI no ha querido que se considere a la Acción Católica como una creación actual.

Pero la Acción Católica, con mayúscula, como institución oficialmente organizada por el Papa reinante, como unión de los católicos en una férrea disciplina, comienza a esbozarse desde el tiempo de León XIII.

Este Papa había dicho en 1884 al hablar de la masonería que "los buenos todos deben coligarse en una vastísima sociedad de acción y oración". Pío X decía en 1903 que "los tiempos modernos reclaman la Acción Católica". Y Benedicto XV en 1916 escribía: "Recomendamos las instituciones cuyo conjunto tiene el nombre de acción social cristiana. Sabemos que las actuales circunstancias la exigen imperiosamente también entre vosotros".

Y es en fin S. S. Pío XI, el Pontífice reinante, que en su conocida Enciclica: "Ubi Arcano Dei" de 23 de diciembre de 1922 quien sienta las bases de la Acción Católica como institución oficialmente organizada y cuya doctrina va desarrollando paulatinamente en Cartas, alocuciones y discursos hasta formar hoy un cuerpo jurídico orgánico que tiene sus teólogos como el Padre Dabín, sus grandes tratadistas

como Mons. Civardi, sus técnicos como Mons. Pizzardo, sus expositores originales como el Padre Will y sus cientos de libros y folletos que exponen la teoría y la práctica de esta gran institución.

¿Pero que es lo que venía a remediar la Acción Católica? Habíamos dicho que el laicismo lo había invadido casi todo, pero esto era un mal exterior, extraño a la voluntad o a la culpa de los católicos. Pero había también un mal imputable a los católicos considerados colectivamente, como pasa con los errores que abarcan largos periodos de tiempo o grandes extensiones del mundo: se ve el hombre envuelto en el error o in la negligencia por una ola norme que no ve ni aprecia por estar envuelto en ella.

Es lo que ocurrió con el naturalismo. Después de tantos siglos de racionalismo protestante, después de tantos años de laicismo invasor, los católicos se fueron contagiando insensiblemente de naturalismo.

Ya el Cardenal Mercier nos decía: "Desde hace varios siglos, desde el Protestantismo y sobre todo desde la Revolución francesa, las almas, envueltas en una atmósfera de racionalismo, sufren como de anemia espiritual. Numerosos son los cristianos que, al pensar en Dios, no se representan sino al Dios de la razón humana; se imaginan, allá en las alturas lejanas, a un Ser supremo subsistente por sí mismo, pero como inmóvil e inerte. . . Se advierte hoy en día, incluso entre católicos, cierta tendencia a exaltar el aspecto moral y social de la vida cristiana, con detrimento, o por lo menos alguna postergación de su actividad propiamente religiosa".

Se encontrabá pues la Iglesia, por un lado, con la enérgica ofensiva de los enemigos, y por el otro con el abandono o negligencia de los conceptos sobrenaturales en el campo de los mismos fieles. Ignorancia del catecismo, aprecio de lo que se ve y se toca, olvido de la gracia, de la doctrina del cuerpo místico, espíritu individualista en la oración y en la Misa, preferencia de las fórmulas externas sobre las riquezas medulares del cristianismo.

Para poder combatir con aquellos, con los enemigos, había que reformar a éstos, a los amigos. Había que hacerles conocer a Cristo viviente en nosotros, era menester acercar a los cristianos a las fuentes de la vida sobrenatural, era indispensable conocer y vivir los tesoros del dogma en vez de tantas cosas materiales, palpables y sin importancia que hacían alejar de un profundo y verdadero catolicismo.

Y ésta fué la primera preocupación de la Acción Católica: constituir bien sólidamente al caballero de la nueva cruzada apostólica, *formarsi per formare*, llenar el alma con el néctar precioso de la propia riqueza espiritual, con el vaso desbordante de inteligencia y virtud, para conquistar después a los hermanos extraviados o ciegos.

¿Y cuál era la causa de este llamado tan urgente a los laicos? La falta de sacerdotes para tan grandes tareas. El paganismo, el materialismo penetrando en las clases superiores hizo fijar los ojos en otras carreras que no son las del sacerdocio. Los padres no hablaban a los hijos del sacerdocio como una de las tantas vocaciones, como la más alta y noble de todas ellas, y cuando un hijo aparecía con esa inclinación se le ponían toda clase de obstáculos para disuadirlo.

Por otra parte el laicismo había rodeado al sacerdote de una aureola de pre-

juicios y odios que le hacían difícil penetrar en muchos ambientes para cumplir su divina misión.

Por esto fueron llamados los laicos como franco-tiradores para abrir el paso a los sacerdotes, prepararles y hacerles propicio el campo de su apostolado; sin perjuicio de realizar los mismos laicos todas las conquistas que estuvieren a su alcance.

La Acción Católica se desarrolló con impulsos muy diversos. En algunos países encontró dificultad por haberla querido encajar dentro de los cuadros ya formados de instituciones existentes; en otros encontró resistencia y hasta persecución de los gobiernos; en nuestro país hicieron conjunción varias circunstancias favorables: un clero y un pueblo dóciles para con los más minuciosos deseos del Santo Padre; una larga acefalía de autoridad eclesiástica contemporánea de una dolorosa división de los católicos lo que hacía anhelar una unión férrea y estrecha como la trajo la Acción Católica; un gobierno favorable en el orden nacional y provincial; a esto hay que agregar un detalle nimio: se enviaron cuatro sacerdotes a Roma, los cuales estudiaron en el centro original la pura doctrina de la nueva institución.

¿Y cómo era este país donde venía a instaurarse la Acción Católica?

Un sociólogo escritor, que hoy es muy nuestro, al hablar de los orígenes de Hispano-América dice: "La conversión de América al cristianismo no es un hecho consumado durante la conquista, sino un proceso todavía inconcluso, sobre todo en las masas populares de América, si ha de ser aquella reconocida por la formación de una estructura moral y de una espontaneidad subconsciente y no por la adhesión a las fórmulas rituales o a un mimetismo".

Las razones que da el distinguido escritor (que yo no sé si ahora suscribiría todo lo que dijo hacen doce años) para explicar este aserto, es que en estos países no existió el "hogar" propiamente dicho porque las uniones fueron accidentales de españoles e indios, simples paréntesis en las aventuras guerreras de los conquistadores. Los descendientes de estas uniones estaban llenas de supersticiones indígenas, de fetiquismo, de falta de espiritualismo, de apego a la exteriorización ritual, de creencias demoníacas.

En cuanto a las clases elevadas de la sociedad dan para el mismo autor "la impresión de que los hombres se mantienen extraños a toda preocupación religiosa, reputándola "asunto de mujeres". En el mejor de los casos le otorgan una "neutralidad benévola". No son ateos, —que serlo es en cierto modo signo de meditación del problema religioso— sino indiferente y epicúreos".

Puede ser que en este cuadro haya un algo de verdad, pero lo que pudo ser causado por defectos ancestrales o por el *non serviam* de los hombres no debe hacernos tan injustos que neguemos el inmenso trabajo de los que difundieron el Cristianismo en estas dilatadas regiones.

La historia ha dicho ya que todo lo que hicieron para evangelizar estas tierras en tiempos de la Colonia, jesuitas, franciscanos, dominicos y mercedarios. Y en tiempos más próximos hay que ponderar la conquista espiritual de la Patagonia por los salesianos, y el Lejano Norte por la acción humilde y desconocida de los redentoristas.

El pueblo argentino fué intensamente católico hasta que le robaron la fe las clases superiores, la escuela laica y la prédica marxista de las grandes ciudades.

Ya los intelectuales dirigentes no puede negarse hasta 1880 afecto, devoción y cuando, menos respeto por la Religión Católica.

Sea en el orden militar, sea en el orden civil, nuestra historia es católica hasta 1880.

En el Cabildo abierto del 22 de mayo de 1810 del que salió el primer gobierno nacional, había 22 sacerdotes; en el primer Parlamento convocado en 1812, de 33 diputados, 15 eran eclesiásticos; en 1816 en el Congreso de Tucumán que proclamó la independencia argentina, de los 29 congresistas que firmaron el Acta, 16 eran sacerdotes; las primera Constitución en 1819 está firmada por 9 eclesiásticos; y en la Asamblea de 1853 que redactó la Constitución que nos rige había varios clérigos aunque no todos de muy segura ortodoxia. (1)

Las Constituciones que se suceden desde el primer gobierno patrio independiente denotan la fe de nuestros padres.

Ya el 29 de mayo de 1810 la Junta provisional que se formó, recuerda la prohibición del duelo, entre otras razones por ser condenado por las leyes de la Iglesia. Unos meses después, encarga a los padres franciscanos, dominicos y mercenarios que señalen sacerdotes que enseñen la religión a los niños.

Los Congresales de Tucumán de 1816 que proclamaron la independencia según dice el Redactor "a las 9 de la mañana se reunieron los señores diputados en la casa congresal, y de allí se dirigieron en cuerpo a la iglesia de S. Francisco, donde asistieron a la misa del Espíritu Santo, que se cantó para implorar las divinas luces y auxilios, protestando con esto el deseo del acierto en sus deliberaciones". Esta es la Asamblea política más católica que hayamos tenido en la república, la que ha enunciado "*los ideales de julio*" como dice el Dr. Adolfo Korn Villafañe (2), los principios políticos más conformes con la doctrina católica.

La Constitución votada por el Congreso General el 22 de abril de 1819 decía: "La religión católica, apostólica romana, es la religión del Estado. El gobierno le debe la más eficaz y poderosa protección, y los habitantes del territorio todo respeto, cualesquiera que sean sus opiniones privadas". (3)

El proyecto de Constitución del año 1826 establecía en su artículo 3º: "Su religión católica, apostólica, romana; a la que prestará siempre la más eficaz y decidida protección; y sus habitantes el mayor respeto, sean cuales fueren sus opiniones privadas".

Nuestra Constitución vigente es bien conocida así como los debates en que se trató la religión del estado y la libertad de cultos. Podemos calificar a los constituyentes de 1853 en su mayoría como católicos pero tímidos y vergonzantes e imbuidos de errores liberales.

En nuestro país hubo cinco grandes ofensivas anticatólicas: 1º) La ofensiva masónica y enciclopedista de 1813 caracterizada por las medidas anti-católicas de

(1) "Argentina Católica", por Julián Alameda, O. S. B., pág. 135 y sig.

(2) Adolfo Korn Villafañe, "Derecho Público Político", tomo II (publicado en "Criterio").

(3) "Argentina Católica".

la Asamblea General Constituyente; 2º) La Reforma Eclesiástica de Rivadavia en 1821-1822; 3º) La invasión atea y laica de 1880-1886; 4º) La propaganda socialista que comienza alrededor de 1900; y 5º) La avalancha comunista, a partir de 1935.

Tal vez la más sistemática y maligna fué la de 1880-1886 importada directamente de Francia, del laicismo de Naquet, Gambetta y Jules Ferrý. De ese tiempo son las leyes de enseñanza laica y matrimonio civil, y la preparación de la generación atea de 1880 cuyos últimos representantes han desaparecido en estos años.

El principio del siglo XIX es favorable para nuestra religión, se debilita la masonería, se suceden los gobiernos respetuosos y llegan a nuestras playas numerosos miembros de institutos católicos enseñantes que se vinieron a sumar a los meritorios educacionistas que ya existían en nuestro país: jesuitas, Padres del Sagrado Corazón (comunmente llamados: bayoneses) salesianos y franciscanos.

Desde entonces comienza a modificarse el clima religioso de nuestro país. A la labor esencial de la Iglesia por medio de su sacerdocio, se agrega la creación de instituciones, periódicos y revistas de indudable influencia social. En 1892 se habían fundado los Círculos Católicos de Obreros y en 1899 el diario "El Pueblo"; en 1919 se crea la Unión Popular Católica Argentina con sus ramas de Damas, Jóvenes y Económico-Social.

Hay dos acontecimientos posteriores a la creación de la Acción Católica Argentina pero de una inmensa importancia religiosa. Los dos ocurren en el año 1934. Ellos son: el XXXII Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Buenos Aires, en el mes de octubre, suceso transitorio, pero que dejó una huella espiritual; y la creación de diez nuevas diócesis en la República Argentina por bula de S. S. Pío XI de 20 de abril de 1934 y de conformidad con la ley nacional Nº 11.715 de 20 de tiembre de 1933.

Estos dos acontecimientos constituyen dos páginas indelebles y eternas en la historia religiosa argentina. El Congreso Eucarístico por la conversión de almas, rectificación de vidas e infinito perfume espiritual que ha dejado; la creación de obispados por el indudable acrecentamiento espiritual y aumento de disciplina eclesiástica en las regiones que se ven enriquecidas con la institución de nuevos pastores.

Dios sorprende siempre con sus actos, por eso bien se ha dicho que "hay que esperar contra toda esperanza".

Cuando la fe se creía enterrada después de 50 años de laicismo, 200.000 hombres comulgan a cara descubierta en la Avenida de Mayo y un millón de personas rinden público testimonio de adoración a Cristo presente en la Eucaristía.

Cuando ya en el Parlamento parecía inoportuna e imposible toda ley de sabor espiritual, el Congreso crea 10 obispados nuevos y eleva 6 diócesis a la categoría de arquidiócesis.

Dios nos demuestra de cuando en cuando que este mundo, que es de El, no se ha caído de sus manos, aunque lo haya entregado a la libertad y a la torpeza de los hombres.

Cuando Francia estaba invadida por los ingleses, materia prima propicia para la herejía protestante que se avecinaba, Dios suscita a la humilde doncella de

Damremy y los futuros seguidores de Enrique VIII levantan sus plantas y abandonan la católica Galia.

Cuando la madre de la América Latina había despertado el apetito de los bárbaros, bolcheviques del Norte en conjunción con hijos desnaturalizados de la misma tierra, Dios suscita en la soledad de las islas Canarias un moderno Pelayo que, como aquel de Covadonga, paso a paso, con energía indomable, llevando al frente a aquel Santiago "Hijo del Trueno", va arrojando de la bendita tierra de España a ese bárbaro moderno amasijo de vándalo y de hereje.

Y volviendo a nuestra tierra argentina, digamos que el 5 de abril de 1931 en la Carta Pastoral del Episcopado Argentino se aprueban los Estatutos de la Acción Católica Argentina que tienen por modelo a los aprobados para Italia por S. S. Pío XI el 2 de octubre de 1923.

Y desde entonces comienza a organizarse y extenderse en toda la República la nueva institución. En lo referente al impulso interno podemos decir que todo le era favorable: organización teórica admirable, apoyo decidido de la Jerarquía eclesiástica, colaboración de la mayoría del clero, núcleo básico de católicos íntegros que se entregan de todo corazón a la nueva cruzada apostólica.

Pero en el orden interno se presentan algunas dificultades en las filas mismas de nuestros hermanos en la fe: sacerdotes ancianos que encuentran dificultad en un cambio tan grande de sus hábitos apostólicos, sacerdotes de todas edades que creen imposible realizar una tarea que consideran muy pesada y dicen no encontrar personas para formar los cuadros de las cuatro ramas de la Acción Católica, un pueblo católico indiferente o reacio por estar atado a los problemas del mundo o a un racionalismo trascendente.

En el campo exterior un pueblo cristiano, porque es bautizado, pero ignorante de las verdades medulares del catolicismo, amante únicamente de la prosperidad material, trabajado por el socialismo, el protestantismo y descristianizado por 50 años de escuela laica.

Agreguemos a esto un clero escasísimo abrumado de tareas, parroquias sin párroco y capillas sin capellanes, extensiones enormes de tierra que permiten la triste realidad de la existencia de verdaderos infieles en nuestra República a pesar de los meritorios trabajos de las órdenes misioneras.

Pero estas pinceladas oscuras no deben entristecernos, porque si bien son de una realidad que estoy obligado a mostraros, ellas coexisten con muchas condiciones favorables que hacen a nuestra época contemporánea y al mismo momento actual mucho más propicio para la tarea espiritual que todos los siglos que le precedieron.

En tiempos de la colonia andaban por estas tierras guerreros aventureros, que si bien tenían fe, eran hombres de pasiones formidables alimentadas en siete siglos de guerra continua: encomenderos sin escrúpulos o violadores de la moral que frustraban los buenísimos propósitos de los reyes de España y las santas tareas de los misioneros católicos.

Más adelante, el gran aislamiento de estas regiones permitió que se desarrollara en ellas el enciclopedismo y también el regalismo que inficionó al mismo clero católico. Después vinieron los gobernantes y legisladores que se atribuyeron Patronatos nacionales o provinciales por voluntad propia, herederos sin derecho sucesorio, man-

datarios sin mandato; esta especie de celosos obispos laicos hizo mucho mal porque originó conflictos con la Santa Sede y mantuvo sin provisión los cargos eclesiásticos por muchos años. ¡Cómo si fuera poco la hostilidad del desierto y de la selva, los hombres vinieron a poner sus dificultades voluntarias a la penetración del cristianismo!

Pero hoy las cosas son de otra manera. La unidad de la Iglesia católica es visible. Ya no se ven concilios ni obispos que se levanten contra el Papa; no hay galicanismos, ni regalismos, ni iglesias nacionales; con razón requerida la opinión del Cardenal Mercier sobre el Catolicismo contemporáneo contestó: "El ha perdido en extensión pero ha ganado en intensidad". Puedo agregar que ahora los cuadros de las fuerzas militantes son más chicos pero más cerrados, disciplinados y atentos a las voces del Pastor Romano:

El telégrafo, las hondas hertzianas y la prensa que pueden servir para el mal, han servido también para el bien, y una Encíclica o una alocución del Sumo Pontífice son conocidas enseguida por todo el mundo, aunque a veces bastante mutiladas.

Hoy la doctrina se ha precisado más y es más rápidamente divulgada. Sociedades y publicaciones católicas se apresuran a verter íntegramente el pensamiento del Papa en libros, folletos y diarios que luego son difundidos entre los fieles.

He hecho esta digresión para decir que la Acción Católica se encontró favorecida en la República Argentina por esa fuertísima cohesión de la Iglesia en los tiempos actuales de modo que los sucesivos documentos del Pontífice reinante eran aquí inmediatamente conocidos, comentados y respetados, apoyados por la fuerza efectiva de los obispos y dócilmente cumplidas por los miembros más fieles del catolicismo.

El clero, al impulso de sus obispos, se sumó entusiasta al movimiento guiándolo en la parte doctrinal y corrigiendo las desviaciones. Si más arriba lo he mencionado como dificultando a la nueva institución, me he referido a las excepciones felizmente muy escasas, sobre todo las que están basadas en mala voluntad o abierta resistencia. Generalmente los retardados creen no tener fuerzas suficientes para la obra olvidando aquella expresión de los italianos que llaman a la Acción Católica: "*la lunga mano del párroco*", es decir, que es una ayuda, que llega adonde él no podrá llegar.

Debemos agregar a las condiciones favorables la existencia de una gran parte de juventud católica ansiosa de abrevarse en las fuentes profundas de la doctrina y de la liturgia en cuyo plano hay que señalar la actividad de los Cursos de Cultura Católica y agregar a éstos los que de mucho tiempo atrás bregaban por hacer prácticas las admirables directivas pontificias en materia económico-social como fueron los componentes de la Unión Popular Católica Argentina y Círculos Católicos de Obreros y algunos dirigentes como Monseñores De Andrea y Franceschi y el R. P. jesuíta Gabriel Palau.

El poder civil contribuyó a formar el ambiente propicio porque en la gran movilización nacional que precedió al Congreso Eucarístico Internacional —yo lo he comprobado personalmente— los gobiernos provinciales y municipales se prestaron gentilmente a toda clase de agasajos y participaron de todo corazón en las ceremonias que realizaba la Iglesia Católica.

El establecimiento de los nuevos obispados hizo más propicio el campo de apostolado para la nueva institución porque los obispos por su mismo carácter de pastores están siempre prontos para amar, respetar y hacer cumplir las directivas del Santo Pa-

dre, y porque llevaron una más potente vida espiritual y disciplinaria a lugares antaño tan alejados de las sedes episcopales.

El establecimiento de la Acción Católica en nuestro país fué acompañado de una esmerada preparación: así fueron las semanas de estudio para el clero y para los laicos dadas por Mons. Antonio Caggiano a quien pudiéramos llamar: "el San Pablo de la Acción Católica", así los libros que se editaron o se tradujeron: los de Monseñores Civardi, Caggiano, Rodríguez y Olmos, Ferreira Reinafé, Padre Palau y más tarde los de los jesuitas Padres Pablo Dabin y José Will.

El Episcopado Argentino tuvo el honor de recibir una carta autógrafa del Santo Padre sobre la Acción Católica el 4 de febrero de 1931, privilegio poco común, que para nosotros fué un aliento, y para los católicos de todo el mundo un nuevo aporte al cuerpo doctrinario y jurídico de la providencial institución.

Todo estos vivos colores son una realidad, pero también son de una existencia real las sombras de este cuadro que paso a exponer, la espesa selva que la Acción Católica debía desmontar:

Laicismo en las leyes, materialismo y positivismo en las cátedras universitarias, cristianismo decadente en las clases superiores, naturalismo general como fruto de 50 años de escuela laica, alejamiento de la Iglesia de la clase proletaria por envenenamiento de marxismo, disolución de costumbres por cinematógrafo pornográfico y prensa liberal o comunista.

La tarea es ruda, el campo de trabajo es áspero y pedregoso, pero los medios son más eficaces y los obreros más numerosos.

Los cristianos se han acercado a las fuentes vivas y puras de la gracia y han aprovechado de la rica doctrina. La Acción Católica se extiende por toda la república, sus miembros corren a reinstruirse en el olvidado catecismo, se acercan más frecuentemente a la Mesa Eucarística, asisten a los cursos superiores a aprender el dogma y la moral, arrojan las devociones superficiales y se abrazan a las sustanciales, cambian la sensibilidad enfermiza por los elevados sentimientos de la fe, aprovechan el rico tesoro de la liturgia, vuelven sus esfuerzos hacia la santificación personal.

Y así llenada la primera etapa de la grande obra que es la formación personal, recién cuando está bien lleno el vaso de la propia alma y comienza a desbordar, es el momento en que los miembros de la Acción Católica se lanzan a la conquista del mundo exterior.

La Acción Católica no es una institución numerosa, no se quiere multitudes fáciles para congregar y difíciles de perseverar, se buscan principalmente cuadros elegidos que se congregan alrededor de los Párrocos, conjuntos ágiles y dóciles que responden con rapidez a las direcciones de la Jerarquía. La Acción Católica es antes que nada "parroquial"; es en ese núcleo vital de la Iglesia donde debe desarrollar su tarea fundamental.

Esto, naturalmente, no excluye la acción unitaria y coordinadora de los cuadros superiores. Así las Juntas y Consejos Superiores se presentan ante los poderes públicos, ante la gran prensa en defensa de los postulados cristiano, y realizan los grandes movimientos de conjunto.

La Acción Católica está realizando su benéfica acción espiritual por toda la república. Las materias específicas las resuelve por medio de sus órganos técnicos que

son sus Secretariados de Publicidad y Propaganda, Económico-Social y de Moralidad. El Secretariado Económico-Social está establecido en 16 diócesis y el de Moralidad en igual número, sea por cuerpos completos, sea por delegados. El de Publicidad y Propaganda es de reciente creación y solo está en la ciudad de Buenos Aires.

La Acción Católica Argentina tiene en la actualidad 35.697 miembros, y 1.802 centros y círculos en toda la república.

Los frutos de la actividad de esta institución comenzamos ya a recogerlos. No quiero ser tan injusto que atribuya a ella todo el mérito de una reacción espiritual que comenzó hace 20 años, pero si no es de ella, la gloria es de la Santa Iglesia, la madre de la Acción Católica.

Lo cierto es que en los medios intelectuales, científicos y parlamentarios se evoluciona por lo menos hacia una mayor deferencia con relación a la Iglesia. Hoy en la prensa y en las Cámaras se mencionan con respeto las Encíclicas de Pío XI sobre la cuestión social, la filosofía neo-tomista va adquiriendo a pasos lentos el lugar que le corresponde en las universidades oficiales, y los estudiantes católicos pesan por su número y su preparación en las aulas del Estado. Los gobernantes de varias provincias restablecen la enseñanza religiosa en las escuelas; y masas enormes de católicos se ven en todas partes al conjuro de las autoridades dirigentes.

No niego yo la existencia de inmensos sectores impregnados de laicismo y hostilidad a la Iglesia pero me atrevo a afirmar que el panorama espiritual y mi patria es muy distinto al que yo he podido contemplar hacen 20 años.

Os doy un signo sintomático: hacen uno o dos meses se renovaba la Comisión Directiva de la Sociedad de Escritores en Buenos Aires: en la votación obtuvo 108 votos la lista calificada de izquierdista y 98 votos la contraria sustentada en su mayoría por católicos. ¿Cuándo habíamos visto en los últimos tiempos en campo tan racio como el de la literatura un número tan grande de escritores católicos? Y vosotros conocéis bien la influencia de los intelectuales y literatos en un medio social. Me basta recordaros la influencia del Instituto Libre de Enseñanza de Madrid y tal vez del Ateneo en la revolución roja de España.

La Acción Católica ha comenzado a dar sacerdotes a la Iglesia de Cristo particularmente de entre la clase acomodada, fenómeno interesante, pues esta clase se hallaba casi ausente en la formación del clero a causa de la falta de espíritu sobrenatural y arrastre de los halagos mundanos.

Por más que la Acción Católica sea cuestión de laicos será siempre negocio de capital importancia el asunto de las vocaciones sacerdotales; sin ministros del altar no hay asesores de Acción Católica, ni hay quien nos dé el pan de vida. Los sacerdotes y los seminarios no son sólo asuntos de los obispos sino también del pueblo cristiano que debe preocuparse de suscitar y sostener a sus pastores.

Es consolador ver como están levantando sus seminarios los obispos creados últimamente y cómo algunos ya tienen funcionando los seminarios menores. De esos planteles saldrán esa cantidad de sacerdotes que pueblen tantas parroquias vacantes y capillas desiertas y quienes satisfagan el anhelo de millares de cristianos que suspiran por oír la palabra de Dios y asistir a las ceremonias del culto y que hoy no lo pueden hacer porque faltan operarios en la viña del Señor.

Sería ingrato olvidar a las órdenes y congregaciones religiosas que al conjuro del Santo Padre han acudido presurosas y han puesto sus hombros a favor de la milicia laica de la Acción Católica. Y entre ellas, de las primeras, la que se ha llamado "*la guardia de corps*" de Su Santidad, la que es tan sensible a los menores deseos del Padre Santo: la Compañía de Jesús.

Desde la primera hora aquí en la República Argentina el Padre Palau puso su pluma al servicio de la Acción Católica y pusieron sus manos y sus brazos y su corazón los Padres Castillejo, Lérída, Furlong para no hablar más que de los que yo he conocido.

Lejos de mí hacerme ilusiones, pensar que todo va muy bien y que está la batalla ganada; sería desconocer el Evangelio y la más resaltante realidad.

Vivimos siempre rodeados de adversarios prontos a la pelea, el comunismo y el laicismo trabajan activamente, nuestros propios defectos son muchos. Por otra parte no olvido que pertenecemos a la Iglesia militante y no a la triunfante y que "no ha de ser el siervo más que su señor". Por lo tanto estamos siempre listos para el ataque, la persecución y el desmedro de nuestras conquistas, pero todo esto es el medio natural del cristiano que no está obligado a vencer pero sí a luchar.

Esta posición de cristianos siempre prontos para la hora del Getsemaní no debe ocultarnos la vista de los innumerables beneficios que el Señor ha deparado a nuestra patria regalándola con un hermoso rejuvenecimiento espiritual que se ha de expandir posiblemente a toda la América Latina.

No nos es posible apreciar todos los frutos de la Acción Católica en la República Argentina porque ellos son en su mayor parte de orden interno y están mezclados con los frutos de la Iglesia misma: actos de generosidad, de sacrificio, de caridad, que solo pueden ser apreciados por Dios que escruta el interior de las almas.

Pero apesar de esta dificultad, podemos constatar una serie de progresos: ilustración religiosa sólida en la juventud; afluencia notable de hombres a los templos; participación activa del pueblo cristiano en el sacrificio de la Misa, mayor sensibilidad del sentido moral; discernimiento de todo lo herético, regalista o liberal en nuestras doctrinas políticas o jurídicas; mayor aprecio de lo hierático que hay en la Iglesia en vez de su valor como institución humana.

En el orden apostólico: acción externa de penetración del Cristianismo en todos los órdenes—según el propósito de los últimos Papas: "*instaurare omnia in Christo*". Así la Acción Católica ha intervenido ante los poderes públicos e instituciones privadas en defensa de la moralidad, de la vivienda sana e higiénica para los pobres y de los demás principios de justicia social, ha salido en defensa de la Iglesia cuando ha sido atacada, ha iniciado en gran escala la difusión del libro católico como comienzo de la gran tarea que le ha sido encomendada: la conquista de las almas para Cristo.

No hay que olvidar la posición enérgica y decidida de la institución que mencionamos frente al problema de la difusión del comunismo. Ella realizó la Primera Semana Nacional de Estudios Sociales sobre la base de la Encíclica Papal contra el comunismo, impuso el asunto como tema de estudio a todas sus filiales y suscitó las Semanas Sociales que se realizarán este año en el interior de la república con los mismos objetivos.

No sé si exagero al decir que en la Historia de la Iglesia, la Acción Católica tiene un carácter tan trascendente como la hora en que Sixto V convocaba a la Cristiandad contra el Islamismo, o cuando se iniciaba la verdadera Reforma después de la herejía de Lutero.

En aquellos dos casos la Iglesia parecía en trance de ser aplastada y en ambos surgió lozana y rejuvenecida dejando a sus enemigos como única riqueza el privilegio del desorden y el insulto de la impotencia.

Hoy también parecía en peligro de perecer a los ojos de sus enemigos: gobernantes poderosos, muchedumbres sustentando amasijo de errores seculares, bárbaros del Septentrión e impíos del Mediodía, levantaban sus espadas contra ella para derribarla, sus hijos debilitados no parecían descendientes de aquellos valerosos cristianos de los tres primeros siglos, marcados e intoxicados como estaban por el vaho de los errores circundantes.

Pero Cristo ha muerto una sola vez y sus enemigos deben perder toda esperanza de enterrar a su Iglesia. De la boca de un anciano surge la palabra creadora de la institución indispensable la Acción Católica, la proclama de inspiración divina, la llama "la niña de sus ojos", le da forma jurídica, la desarrolla, la perfecciona, la defiende en el momento aciago, la extiende por todo el mundo y nos la obsequia como precioso instrumento de santificación y apostolado.

Si tantas instituciones católicas fundadas por sacerdotes, a veces por simples laicos, han atravesado los siglos y han sorprendido por su duración, ¿qué será esta de la Acción Católica fundada por el mismo Vicario de Cristo, por inspiración divina y como injertada en la misma Iglesia?

Tal vez atraviase el resto de los siglos y llegue hasta el segundo acto de la gran tragedia, cuando suene la trompeta del juicio final y se nos entregue el árbol de vida y se nos dé un nombre nuevo escrito en una piedrecita blanca y se nos conceda la infinita felicidad de ver cara a cara al Padre y al Cordero y a todas las personas que conocimos y amamos en este valle oscuro de la vida.

*Rómulo AMADEO*

Miembro del I.C.P.